

A los diez años de su publicación, la encíclica *Fides et ratio* ha cumplido un servicio inapreciable como hilo de reflexión sobre el presente y el futuro de la filosofía y del saber humano. Sus páginas, sin ser un texto acabado de filosofía, encierran preciosas reflexiones sobre el papel que le corresponde jugar a la filosofía en medio de la crisis histórica que nos está tocando vivir.

En primer lugar, la encíclica acierta a describir con precisión la crisis de la misma filosofía. La falta de audacia de la razón para pensar a fondo el cambio cultural que supone el comienzo de un nuevo milenio en la historia de los hombres la reduce al eclecticismo o al escepticismo. De este modo la filosofía se vuelve incapaz de alcanzar a ser de nuevo la sabiduría que la vida humana necesita para organizarse y lanzarse a la creación de una nueva cultura y al desarrollo social de una nueva sensibilidad acorde con la conciencia de la dignidad humana alcanzada a través de los acontecimientos dramáticos vividos en el siglo XX y a la internacionalización de la cultura de masas, profundamente consumista, con la que se ha cerrado el siglo y el milenio.

Por un lado, sin sabiduría el horizonte de la existencia humana se cierra sobre el discurrir sin rumbo de un gasto sin objetivos de crecimiento personal. Por otro lado, abdicando de ser un saber universal se convierte en palabrería cultural de consumo en un sistema estable de fuerzas sociales que aseguran la dominación de los más fuertes. Su lugar en la orientación de la vida es aparentemente ocupado por la ciencia,

hasta que se descubre que las investigaciones subvencionadas por gobiernos e instituciones siguen el ritmo de las modas intelectuales al servicio del poder instituido. Finalmente, la filosofía sin el auxilio de la fe naufraga en el nihilismo hipócrita, que se puede advertir ya en la sofística presocrática. Sin Dios, el pensamiento humano se conforma con servir al poder para nada más que sobrevivir.

En este contexto, descrito por la propia encíclica y a la vez hondamente profetizado por la misma en su radicalización, los problemas humanos que afectan a la institucionalización de la dignidad no encuentran ninguna solución aceptable. La crisis del pensamiento se convierte también en una profunda crisis social. Sin confianza en la razón es difícil confiar en los demás. Y sin confianza no pueden desarrollarse proyectos sociales de alcance. En esa situación, el saber humano sólo se atreve con los medios y aparta de su mirada los fines por los que merece vivir.

Sin la audacia de la razón, la propia fe se vuelve incapaz de mostrar su radical humanismo. La fe que no se esfuerza en pensarse con toda la radicalidad posible es una fe insuficientemente creída y pobremente vivida. De esta manera la fe no puede convertirse en cultura ni articular las ansias humanas de plenitud de modo socialmente verosímil.

Pero la encíclica no encierra un mensaje desesperanzado. Por el contrario, es profundamente optimista y alienta el desarrollo de la razón hasta que alcance a ser sabiduría y el crecimiento de la fe hasta que sea capaz de esa *parresía* que caracterizó a los primeros cristianos. La denuncia de la situación cultural e intelectual se pone al servicio de un proyecto ilusionante de humanización. Por eso, leer de nuevo la encíclica puede considerarse casi un acto de rebeldía constructiva en el horizonte de una producción cultural inane. Leer continuamente la encíclica se revela a los diez años de su publicación el mejor antídoto contra el conformismo y la repetición. Releer estas páginas de Juan Pablo II resulta una bocanada de aire fresco que da nueva vida a los afanes del pensamiento.

Por estas y muchas otras razones, que no se le escapan al lector atento, se publican ahora algunas de las intervenciones de una Jornada de estudio sobre la *Fides et ratio* organizada por la Facultad Eclesiástica de Filosofía de la Universidad de Navarra en colaboración con las Facultades de Teología y de Filosofía y Letras y la participación del grupo de investigación sobre ciencia, razón y fe (CRYF). Se escogieron tres te-

mas nucleares que englobaran algunas de las cuestiones decisivas desarrolladas por la encíclica y que permitieran la exposición del estado de la cuestión a la vez que sirvieran para avanzar los futuros desarrollos que cabe esperar de los mismos. Las relaciones entre filosofía y teología, caracterizadas en la encíclica con el concepto de circularidad, fue el primer núcleo temático. En esta publicación se recoge la intervención de César Izquierdo que ilustra perfectamente la profundización que la encíclica provocó y la multitud de desarrollos a los que todavía dará lugar. El segundo núcleo temático era el concepto de hermenéutica, eje de interés para los más recientes desarrollos de la filosofía y uno de los nervios más sensibles del pensamiento teológico contemporáneo. Las páginas de Lourdes Flamarique exponen el origen y la valoración de la hermenéutica como método y como ontología. La tercera parte de la jornada se dedicó al análisis de la exposición que la encíclica realiza de las relaciones entre las ciencias y el saber humano. Giuseppe Tanzella-Nitti ha recogido en estas páginas la sustancia de su exposición sobre la reflexión que la *Fides et ratio* lleva a cabo sobre las ciencias y la unidad del saber humano. Por su parte, José María Valderas ha desarrollado el marco general de las relaciones entre las ciencias biológicas y el pensamiento filosófico y los desarrollos teológicos. Confiamos que estos escritos susciten un renovado interés por la lectura y la profundización en el texto de la propia encíclica.

Enrique MOROS
Facultad Eclesiástica de Filosofía
Universidad de Navarra
PAMPLONA

